

protomédico. Dos años antes, en 1575, los ingresos generales de la tesorería no llegaban a los seis millones de ducados, mientras los gastos se disparaban hasta los ochenta millones. El rey se vio obligado a decretar la tercera suspensión de pagos a sus banqueros, con la consiguiente bancarrota del Estado. Por otra parte, la Guerra en los Países Bajos empeoraba: los tercios habían fracasado en Leyden, saqueado Amberes en 1576 y la única salida momentánea que se barajaba, era la retirada de las tropas, cuestión que se estaba negociando en el Edicto Perpetuo (*firmado el 7 de abril de 1577*). Al mismo tiempo, las sumisas ciudades de Castilla hartas del incremento abusivo de impuestos, en los meses en que Hernández hace sus peticiones, multiplican las protestas por el incremento de la tasa de la alcabala. Además, el Rey Prudente no se atreve a disminuir la costosa flota del Mediterráneo por miedo a una posible invasión turca con el apoyo de los moriscos de Valencia y Aragón... Y para remate en la corte, a las maquinaciones habituales, se sumaría, pocos meses después, el escándalo del asesinato Escobedo, secretario del hermanastro del rey, *Don Juan de Austria*, a la sazón gobernador de Flandes. En todo Madrid se murmura que el autor de tal felonía había sido el consejero real, *Antonio Pérez*, con la aquiescencia del propio monarca.

El tiempo pasaba y Hernández, cada vez más enfermo, aguardaba impaciente. Cada vez más le atormentaba la idea de que otros médicos más próximos al monarca, como el doctor Valles, envidiosos de su gloria, estuvieran entorpeciendo su acceso a la corte, e incluso, desmereciendo su obra. Este miedo, fruto de una fundada aprensión, queda reflejado en el prólogo de su traducción comentada a la obra de Plinio, que redacta entonces: *"No es poco acometer cosa de que han escrito hombres doctísimos de nuestra edad, ser no sólo dificultoso pero imposible hacerse porque yo soy el primero, Sacra Majestad, que he puesto el pecho a esa cosa y tentado esta empresa"*. Es decir, se esfuerza una vez más por resaltar la enormidad y primicia de su tarea, temeroso de que pasasen desapercibidos sus méritos: *"Digan los hombres maléficos y que creen hacerse famosos y sabios con informar y oscurecer los trabajos ajenos y estorban el bien común con mordedoras palabras, llenos de envidia lo que quisieren..."*. Esas palabras de denuncia se parecen mucho a las que había escrito a Montano durante el viaje de regreso.

En abril de 1578, el rey recibió la alegría del nacimiento de su hijo Felipe. Como si esto fuera una premonición de un cambio en la suerte de Hernández, anunció que recibiría a su protomédico. Llegaba la ocasión tan esperada de explicar de viva voz a su rey la importancia del trabajo realizado y la urgencia de darlo a conocer a todo el Orbe; de comentarle sus dibujos y las curiosidades que traía consigo; de mostrarle los mapas realizados por *Domínguez*. Por fin, recibiría los honores y mercedes que merecía; viviría la escena tantas veces soñada y evocada en los

momentos más duros de su expedición. Era la recompensa ansiada, a tantos desvelos y renunciaciones.

Y una mañana de abril de 1578, un Hernández emocionado y tembloroso, acompañado de su hijo Juan, que le llevaba del brazo, se postró ante un monarca que gobernaba medio mundo, pero envejecido prematuramente, con los cabellos ralos y blancos, el gesto tenso de la persona acosada por terribles dolores de cabeza y de gota, y las ojeras de quien apenas puede reposar. La entrevista no se pareció en nada a la que Hernández siempre había soñado. Fue muy breve, apenas un saludo y unos pocos comentarios con los que el soberano le agradeció sus servicios y mostró su complacencia por los bellos dibujos que había realizado.

Hernández, en los escasos minutos concedidos, se esforzó por hacerle ver la urgencia de imprimir su obra, porque las novedades que aportaba, revolucionarían todo lo que se conocía hasta entonces sobre ciencias naturales y medicina. El rey manifestó que sus asesores estaban estudiando la forma más conveniente de publicarla, dada su amplitud.

Antes de concluir la audiencia, el rey le comentó, con la clara intención de atenuar su impaciencia mediante un halago, que algunos de sus más bellos dibujos se los había entregado a Fray Juan de San Jerónimo, un fraile que sabía iluminar, para que realizase veintitrés lienzos que ahora decoraban su antecámara en El Escorial.

